



Los gatos solitarios

Un cuento de la vida real

El viejo pajar conserva aún bastante paja de no se sabe bien qué años, como testigo que se resiste a morir, convertida en polvo de tan vieja, de tanto retozar por ella los ratones en busca de los granos de trigo perdidos.

Corrían otros tiempos cuando el pajar fuera mansión de los pequeños roedores, a prueba de grandísimos sustos, cuando por su gatera penetraba un felino altanero para imponer el orden.

Hoy, pajar viejo, que sin duda conociste bellos aconteceres, te has convertido tan sólo en simple refugio de esta colonia gatuna de la zona, tan bajo has caído que ya nadie más te visita, perdiste los otros inquilinos.

Pero es hasta un consuelo que la vida no pierda su sentido, que este pajar muestre orgulloso su gatera negra, de tanto arrastrar por ella los mugrientos pellejos de las malas épocas, los larguísimos inviernos, roñosos para el estómago y para la piel de los nuevos inquilinos.

Allí, sobre el gran escalón de la viejísima puerta, como impresionante atalaya, al amparo del sorpresivo ataque perruno de holgazanes visitantes, cinco lindos gatitos abrieron sus ojos, dieron sus primeros pasos, bajo el cuidado mimoso de desconocidas manos amigas y protectoras, porque la gata exhausta ya no podía más.

Apenas abiertos sus ojitos, olisqueando fueron saliendo como pudieron de la oscura panza del pajar, que la leche fresca les esperaba puntual y no era caso de esperar a la vieja gata, que quién sabe por dónde andaría, acosada por tantas obligaciones y apetencias como tienen los gatos mayores.

Ajenos al bello mensaje de amistad de los circunstanciales vecinos y con infantiles bufidos y zarpazos entre ellos, mis cinco gatitos fueron degustando a diario el delicioso manjar y durmiendo plácidamente sobre la fresca paja entre comida y comida o mientras sus pequeños estómagos les permitían.

Era pura delicia contemplar a mis cinco gatitos, verlos salir sigilosos y desconfiados, amorrarse precipitadamente al culo de botella que les servía de plato, con temor al principio y siempre con glotonería y a empujones.

De tal guisa fueron creciendo mis cinco gatitos y pronto se vieron notorias diferencias, a buen seguro preludio de selección natural biológica, de la que tan solo escapará el más fuerte, luego que será preciso enfrentarse con la durísima realidad de un invierno, la ausencia disminución de manos amigas, en un entorno que ya, ni siquiera ratones quedan.

Uno de ellos, el más bravo y altanero, de un atigrado pardo en su totalidad, ojos vivísimos y limpios, gruesas garras y grandes bigotes. Le seguía en lozanía otro pardo, rayado en negro, cuello blanco; luego un tercero más pequeño, negro como un carbón, ojos apanterados, refulgentes, arisco y huidizo, renegón, bufando en todo momento y enseñando sus afilados colmillos.

Y en este orden de vitalidad venía después un pardo y blanco a partes iguales, que siempre se le veía con ánimos de competir con sus Otros tres gatitos hermanos a los que solía quitar como podía algún que otro lengüetazo de leche y echarse al colete rápidamente pequeños trozos de comida antes de que se la arrebataran; lo necesario para ir viviendo.

El quinto de mis gatitos era blanco y negro; estaba escuálido el pobre, que los huesos parece se le iban a salir del pellejo a cualquier movimiento y quedar tendidos por el suelo; finas patas como palitroques, bigotes lacios, ojos apagados y legañosos, tristes. El pobrecito era el más desgraciado de la camada; su debilidad al nacer o alguna enfermedad no le permitieron alimentarse debidamente y después ya no pudo competir con sus hermanos aunque lo intentara.

Mis cinco gatitos se fueron acostumbrando poco a poco a la presencia de las personas que allí vivíamos, se fueron haciendo amigos de otros gatos de la vecindad, que los fueron conduciendo calle abajo hasta las mismas puertas de las moradas de sus amos, aunque no se atrevían a traspasarlas; y su propia madre los acercaba a casa de su amo, con arrumacos cariñosos, seguramente con intención de meterlos dentro.

Y así poco a poco fueron saliendo del pajar, si bien al menor peligro corrían veloces todos al refugio. Pero ya dejaban que uno se les fuera acercando, que los llamara siseando al ponerles la comida, trocitos de carne, restos de comidas diversas, apetitosos huesecillos de pollo y de conejo y un buen tarro de agua para aplacar su sed que ellos agradecían.

Y aquí sí que comenzaba una dura lucha por apoderarse del mejor bocado y huir rápidamente bajo el coche a comérselo y volver si podían a por otro, que no era fácil, que ya la pandilla de gatos era mucho más numerosa, que también a los que tenían casa les gustaba robar la comida a estos cinco hermanitos que nacieron un buen día del mes de julio en aquel pajar oscuro, con paja de quién sabe qué años.

Pasaron las vacaciones, el mes de agosto tocó a su fin y las gentes fueron retornando a sus otros lugares de residencia, donde ya no tendrán que preocuparse

por esos cinco gatitos a los que casi vieron nacer, que cuidaron durante dos meses hasta que ya fueron casi mozos y cogieron fuerzas para afrontar su dura existencia.

Hay una moraleja estremecedora en todo este asunto de los cinco gatitos a los que casi vimos nacer este verano, a los que cuidamos con cariño y mimo, y a los que sin duda nacerían en otros pajares y casuchas, porque todavía no hemos perdido la condición de humanos.

Y es que todos tuvimos alguna vez nuestros gatos en casa, que fueron nuestros mejores amigos, a los que acomodamos de tal manera a nuestra forma de vida que siempre estaban los justos, los necesarios, aquellos cuya misión era la de mantener a raya a los roedores.

Viene a nosotros la escena del abuelo de la casa, el perro y el gato dormitando ambos plácidamente al amor del fuego y manchados de ceniza y nos recuerdan cuan necesarios nos éramos los unos a los otros, de qué forma compartíamos nuestras penas y alegrías, representadas sobre todo en nuestros largos días y nuestras cortas dietas.

Porque las casas quedaron vacías. Los amos marcharon ellos solos y por aquí dejaron a estos amigos, desahuciados, condenados a morir de pena, de dolor, de aburrimiento, de falta de cariño sobre todo.

Pero en estas duras pruebas a las que condena la vida, algunos quedaron, que al devenir de los nuevos tiempos y formas se están multiplicando al amor y al calor de quienes aún los cobijan a diario, de quienes aún les seguimos visitando de cuando en cuando.

Pero ya pocos quedan allí capaces de controlarlos, que cada vez son menos, más los abandonados. Y los gatos nacen y viven cómo y dónde pueden y andan sin rumbo de uno a otro lado, con el perdido orgullo de sentirse necesarios, que hasta los roedores más bien son pocos, como pocas son las trojes que contienen grano.

Aquel gato pardo atigrado y altanero; y el rayado en negro cuello blanco, y el negro de ojos apanterados, que acumularon vida este verano y energía, Dios sabe por dónde andarán, qué caminos tomarán; pero ágiles y sin piedad subirán a las barderas donde aún dormitan los gorriones, los otros perdedores; bajarán a los zarzales del regajo; cazarán lagartijas en los carasoles y saltamontes, robándole horas al día y a la noche, que la espera no importa y las hambres llamarán tenaces.

Pero hay de mi pobre gato pardo y blanco y el más pequeño negro y blanco, con su carga de miseria arrastras, de fatalidad, que con tanto trabajo al cuenco de la comida acudían; que apenas podían robar simples migajas, que hasta su madre a veces les quitaba, ¿dónde andarán este invierno, qué será de ellos...?

Bajarán calle abajo rodando como pequeños fardos de desecho a recordar. Se posarán sin ninguna duda sobre el viejo muro donde a diario bien poco hace recibían su sustento y esperarán pacientes que la mano amiga mitigue su indigencia, se apiade de ellos; que nuevamente se abran las puertas. Hasta que el cruel frío, la terrible soledad, la desesperación por la impotencia, el miedo mismo, les suma en el sueño eterno en aquel mismo pajar viejo donde nacieron.